



HERMANO JUAN ARSUAGA ETXEZARRETA

Ezkio (29.01.1930) – Irún (19.06.2022)

*“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta
y espacioso el camino que lleva a la perdición,
y son muchos los que entran por ella;
mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!
y pocos son los que lo encuentran”*

(Mt 7, 13-14)

Estamos aquí reunidos porque no somos personas sin esperanza, como Juan tampoco lo era, y por eso mismo, aunque apesadumbrados, no queremos afligirnos sino consolarnos mutuamente en la fe compartida y dar gracias por haber disfrutado del don de su presencia entre nosotros.

Seguidores de Jesús —que nos dice *“Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn 8,12)—, sabemos que el Evangelio no nos condena a una vida oscura, aburrida e infeliz, sino todo lo contrario, pues nos promete y nos da la felicidad verdadera. No hay más que repasar las Bienaventuranzas y mirar a aquellos que, después de entrar por la puerta estrecha, han sido felices y han hecho dichosos a los demás, obteniendo —por su fe y esperanza en Aquel que no defrauda— la recompensa de la abnegación: *“El ciento por uno en el presente y la vida eterna en el futuro”* (Lc 18,30).

Y sí, así lo hemos podido comprobar en la vida de Juan, hijo de Carmen y Pedro José, nacido hace más de 92 años en el caserío Urrakasoro de Ezkio, en el corazón de Gipuzkoa, Matxinbenta. Desde su ingreso en esta casa como aspirante, en 1943, toda su vida ha estado centrada en el seguimiento de Jesús desde el carisma lasaliano y en el espíritu de las bienaventuranzas. Y sí, podemos decir que ha sido feliz y dichoso, con su talante siempre servicial, atento y generoso. ¿Cuál ha sido su secreto?

Lo acabamos de escuchar en el evangelio, en tres sentencias, tres aspectos íntimamente unidos en el fondo; *“no dar lo santo a los perros, ni echar las perlas a los cerdos”*: nuestro Hermano siempre estuvo permeable para acoger la lluvia de la Palabra de Dios, cultivando en su interior -a través de la oración, la lectura o la formación- el deseo de una vida más plena y auténtica, y procurando cuidar y compartir el tesoro escondido del Reino; *“tratad a los demás como queréis que ellos os traten”*, añade el evangelio: su estilo de relacionarse con los demás, de estar cercano, respetuoso y disponible, nos indicaba que supo traducir en lo concreto y cotidiano la llamada a vivir el mandato del Amor, siendo capaz de responsabilizarse de los otros y haciéndose servidor; y, en tercer lugar, *“entrad por la puerta estrecha”*: no podemos obviar la porción de dolor y sufrimiento en toda existencia, pero el camino, estrecho, hacia la vida, nos habla de que anclados en la fuerza transformadora de la Palabra y en el Amor del Padre, podremos entender y asumir el precio del amor, porque el amor verdadero significa siempre transitar puertas estrechas, que en él adquieren su sentido.

A la luz de estas tres sentencias, y en el contexto del Sermón del Monte, podemos releer el itinerario de nuestro Hermano y descubrir su sentido más profundo. Su paso por escuelas de carácter popular (Gallarta, Zarautz, Los Ángeles, Echaide-Borda, Zumárraga, San Marcial, Mendiolabe); su dedicación al estudio cuando así se le requirió; sus 13 años de formador de aspirantes y novicios; sus

períodos de servicio desde la dirección (bien en el ámbito escolar bien en el comunitario), cuando fue necesario; sus últimos años felices, activos y serviciales en esta Casa ... nos hablan de alguien que nunca fue frío ante las necesidades de los demás, que más allá de buscar su interés y bienestar, dejó a un lado la puerta ancha y, fiel a Jesús, tomó el camino estrecho, superando miedos y temores: el camino de hacer el bien a los demás, con ese espíritu a la vez sencillo y libre, tímido y abierto, que le llevaba a ser capaz de escuchar y admirar, de preguntar y aprender, lo mismo que a ponerse un mandil para servir.

No nos cabe duda de que para él el tránsito por la puerta estrecha fue fuente de alegría auténtica y de vida plena. Por eso podemos poner en su boca estas palabras de Eduardo Galeano:

*“Nosotros
tenemos la alegría de nuestras alegrías
Y también tenemos
la alegría de nuestros dolores.
Porque no nos interesa la vida indolora
que la civilización del consumo
vende en los supermercados.
Y estamos orgullosos
del precio de tanto dolor
que por tanto amor pagamos.”*

Desde el año 2002, aquí, en la comunidad de la Sagrada Familia de Irún, Juan, puesto en las manos de Dios, siguió preguntándole al Señor cada día, desde la humildad y la pobreza: *“¿Qué quieres de mí?”* y, superando inseguridades y dificultades, fue capaz de confiar y mantener el ánimo firme, respondiendo, desde la oración y el servicio, desde la fidelidad y la entrega generosa: *“Héme aquí, Señor, aquí estoy para servirte!”*

Por eso en esta eucaristía, junto al memorial de la pascua del Señor, celebramos el ejemplo de alguien que entendió radicalmente lo que significa el mandato del amor: *“Ama a tu prójimo como a tí mismo”* (Mc 12, 31). Y, con el pan y el vino que serán consagrados, el “sí” confiado de Juan se hará uno definitivamente con Cristo, para el bien de todos nosotros.

Muchas gracias, Juan, por tu caminar junto a nosotros en fidelidad y fraternidad. Que el Dios de las llamadas te tenga ya en su abrazo de amor.

Egun haundira arte!

¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?

Ahora mismo, cuando te siento,
vivo dentro de mí,
ahora mismo, cuando siento tu latido
en todo lo que me rodea,
ahora mismo, cuando apareces en mi silencio,
Señor, ¿qué quieres que haga?

Aquí me tienes,
dispuesto a hacer tu voluntad.
Entre el ruido y la prisa
ayúdame cada momento,
para que te encuentre en todos los instantes y situaciones.

Señor, que vea lo que me toca hacer,
qué lugar debo ocupar
al servicio de los hermanos.
Que tu Espíritu,
y no mis ocultos egoísmos,
guíen mis pasos.

Ábreme los caminos,
indícame los senderos que me ayudarán
a ser testigo de tu Evangelio.
Que todo mi ser sea
tu compañero en las tareas del amor.

Sé que cuentas conmigo desde siempre,
para que pueda trabajar contigo en la construcción del reino.
Ante ti, Señor,
Tal como soy, en mi nada...
¿Qué quieres que haga?

José Real Navarro

